

“En la Azufrera, cuando toman, les aflora el instinto”: Una lectura del otro que bebe en “Los exilios”, cuento de Jorge Calvetti

Alejandra Siles Pavón

Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Jujuy
alesilespavon@gmail.com

Fecha de recepción: 25/02/2025

Fecha de aceptación: 12/05/2025

Palabras clave: borracho, otredad, instinto/racionalidad.

Resumen

El trago, los borrachos y las borracheras son temas recurrentes en la producción literaria del escritor jujeño Jorge Calvetti (1916-2002). En muchos de sus textos, la bebida es compañera ineludible de las fiestas populares, la culminación de una jornada de trabajo o los reencuentros familiares. En otros casos funciona como frontera para el contacto con el más allá, las fuerzas extrañas de la naturaleza, el diálogo con animales o personajes difuntos. Sin embargo, no todos los borrachos y borracheras tienen en los textos de Calvetti el mismo tratamiento. La perspectiva del sujeto que toma la palabra, la función del beber que se textualiza, los personajes que beben y el contexto espacio-temporal en que sucede, hacen la diferencia. Tener en cuenta qué se dice y cómo se habla del tema es importante porque, como afirma Saignes, “hablar del alcohol en una cultura dada tropieza con la dificultad de tocar un objeto muy familiar, prosaico y común, que remite al filtro de nuestra propia experiencia cultural e histórica” (1993, p.12) y es desde esta experiencia que evaluamos a los otros que beben. Así, generalmente, en la mirada propia, el grupo que abusa de la bebida es siempre el vecino, “el otro”, el que “no sabe tomar” (Saignes, 1993).

En “Los exilios”, la bebida pone en escena sistemas reguladores de las conductas y juegos de identificaciones frente a los que el narrador asume posiciones muy claras; posiciones que, en algún punto, desconciertan al lector de Calvetti acostumbrado a leer sus experiencias de viaje-ro incansable y extasiado por las geografías de Quebrada y Puna del Norte argentino.

En esta comunicación pretendemos compartir algunas ideas sobre esas posiciones de un narrador que, comparte con los que beben una adscripción territorial, pero no se identifica con ellos porque, cuando beben, se comportan “como animales” (Calvetti, 2006).

Key words: Jorge Calvetti, Los exilios, the other who drinks, identities and identifications.

Abstract

Drinking, drunkards, and drunkenness are recurring themes in the literary production of the Jujuy-born writer Jorge Calvetti (1916–2002). In many of his texts, alcohol is an inescapable companion to popular festivities, the culmination of a workday, or family reunions. In other cases, it functions as a boundary for contact with the beyond, the strange forces of nature, the dialogue with animals, or deceased characters. However, not all drunkards and drunkenness receive the same treatment in Calvetti's texts. The perspective of the subject who takes the floor, the function of drinking that is textualized, the characters who drink, and the spatiotemporal context in which it happens make the difference. Considering what is said and how the subject is spoken about is important because, as Saignes states, "speaking about alcohol in a given culture encounters the difficulty of touching a very familiar, prosaic, and common object, which refers to the filter of our own cultural and historical experience" (1993, p.12) and it is from this experience that we evaluate the others who drink. Thus, generally, in one's own view, the group that abuses alcohol is always the neighbor, "the other," the one who "does not know how to drink" (Saignes, 1993).

In "Los exilios", alcohol stages regulatory systems of behavior and identification games in front of which the narrator assumes very clear positions; positions that, at some point, unsettle the reader of Calvetti, accustomed to reading his experiences as a tireless traveler enthralled by the geographies of the Quebrada and Puna of northern Argentina.

In this communication, we intend to share some ideas about these positions of a narrator who shares a territorial affiliation with those who drink but does not identify with them because, when they drink, they behave "like animals" (Calvetti, 2006).

Algunas notas sobre el alcohol y las borracheras

En uno de los prólogos a las *Obras Completas* de Jorge Calvetti, publicadas en Jujuy en 2006, Santiago Sylvester cuenta que “entre un vino y otro” y “sin ninguna compulsión” (2006, p. 15¹), varias veces habían conversado con Calvetti sobre la necesidad de hacer una antología de la poesía del norte: “Esta fue una idea circular de nuestras charlas” -dice Sylvester- hasta que un día el escritor jujeño expresó algo que él “ya estaba sabiendo”: “Creo que tendrás que hacerla vos”.

Estas palabras del escritor jujeño se cumplieron y Santiago Sylvester terminó haciendo solo esa antología. Sin embargo, antes de ponerle fin a la escritura, cuando el trabajo estaba bien avanzado, visitó a Calvetti en su casa en Buenos Aires para pedirle un libro sobre Andrés Bidalgo. Unos meses después, un llamado telefónico urgente lo llevó nuevamente a la casa del amigo. En ese encuentro aprovechó para contarle que la antología que juntos habían planeado estaba terminada y que había pensado dedicarla, a modo de homenaje, a tres amigos: Manuel Castilla, Raúl Aráoz y él. Al escuchar esto, cuenta Sylvester, Calvetti le apretó la mano y le dijo en voz baja: «Eso merece un trago» (Calvetti, 2006, p. 15); y “estas fueron sus últimas y congruentes palabras”, comenta Sylvester, en el prólogo mencionado.

Trajimos a colación esta anécdota que rodea la intimidad de los últimos días del autor jujeño, para decir que el trago, los borrachos y las borracheras son temas recurrentes en su escritura. En efecto, en muchos de sus textos la bebida es compañera ineludible de las fiestas familiares, las celebraciones populares, las guitarreadas con amigos o el fin de una jornada de trabajo; o funciona como frontera para el contacto con el más allá, las fuerzas extrañas de la naturaleza, el encuentro y diálogo con los muertos. Sin embargo, no todos los borrachos y borracheras tienen en los textos de Calvetti el mismo tratamiento; la perspectiva del sujeto que toma la palabra, la función del beber que se textualiza, los sujetos que beben y el contexto espacio-temporal en que sucede, hacen la diferencia.

Tener en cuenta qué se dice y cómo se habla del tema es importante porque:

(...) hablar del alcohol en una cultura dada tropieza con la difi-

1 En adelante, todas las citas corresponden a *Obras completas* de Jorge Calvetti, 2006.

cultad de tocar un objeto muy familiar, prosaico y común, que remite al filtro de nuestra propia experiencia cultural e histórica. Cada pueblo o sociedad tiene una relación privilegiada con el alcohol, un repertorio de bebidas, unas reglas del buen beber y sanciones para los excesos. Desde esta experiencia cultural e histórica es que consideramos a los otros que beben. Así, el grupo que abusa de la bebida es siempre el vecino, “el otro” que “no sabe tomar”. (Saignes, 1993, p. 12).

De esto resulta que quien habla de la bebida y los que beben manejan nociones sobre el uso o el abuso del alcohol sedimentadas en la vida social y en las particulares experiencias de las culturas que conoce. Por eso cuando el que bebe es el otro, “uno, como alguien de afuera, tiene que encontrar el modo de entender las significaciones e implicaciones de las palabras y actos de los otros” (Harvey, 1993, p.116). Las bromas, algarabías, peleas, depresiones, llantos y todo un lenguaje verbal y corporal, distintos a los habituales, están cifrados en las alteraciones que provoca la bebida y, aunque hay ciertas manifestaciones que parecen repetirse en las distintas culturas, “los significados que se asignan a las conductas, las normas y costumbres que distinguen entre formas de beber aceptables e inaceptables, son menos directamente accesibles” (Harvey, 1993, p.116) cuando uno oficia de observador, no es parte de la práctica o desconoce la cultura de los que beben. De todos modos, cualquiera sea la sociedad o cultura, la práctica suele estar limitada por reglas respecto de las ocasiones y maneras apropiadas de beber, que señalan diferencias entre tener una borrachera y beber cotidianamente. La carga social de estas conductas promueve la aplicación de criterios morales, legales y médicos, que nada tienen que ver con la ebriedad o la borrachera:

La mayor parte de las culturas relacionan las borracheras con el rompimiento o redefinición de las convenciones sociales. Es así que el beber alcohol es reportado como una forma de incentivar la sociabilidad, en la medida en que las convenciones sobre la conducta apropiada son interpretadas con mayor flexibilidad y la percepción de los bebedores acerca de su propia competencia práctica, es decir la capacidad para hablar y ser escuchado, se acrecienta. (Harvey, 1993, p. 115).

Si aceptamos que cada cultura y sociedad conoce las reglas y estructuras del beber, el **cómo se bebe** implica también un **dónde se bebe** y no solo en el sentido amplio de cultura o sociedad, como venimos indicando, sino también de un entorno inmediato que envía una serie de señales que propician la práctica del beber o, más aún, preparan el entorno para que ello suceda. Teniendo en cuenta esto, habría que desconfiar de los efectos supuestamente universales de la bebida en cuanto medio para relajarse, reducir la ansiedad o desinhibirse, independientemente del entorno:

La desinhibición sugiere que el bebedor es cada vez más insensible a su entorno, que está preso de un proceso fisiológico autónomo. Sin embargo, el bebedor es, en algunos aspectos, cada vez más sensible a su entorno: está a merced de lo que esté frente a él. También se cree comúnmente que el alcohol reduce la ansiedad. Eso es lo que debería hacer un agente desinhibidor. Sin embargo, su efecto principal es estrechar nuestro campo de visión emocional y mental. (Gladwell, 2010, p. 8-9).

Otra variable importante es el **cuándo se bebe**, porque hay momentos especiales del calendario familiar, social y/o cultural en que la bebida es compañera ineludible y tiene un “para qué”. El carácter festivo de estas fechas es oportunidad para afianzar vínculos, reactivar relaciones interindividuales y reforzar la cohesión del grupo que celebra o conmemora: “La fiesta estructura al grupo y a la vez lo reproduce como grupo” (Saignes, 1993, p. 60). En este sentido, funciona como reaseguro de identidades porque el estado de ebriedad es un acicate para que hombres y mujeres manifiesten, implícita o explícitamente, que se sienten identificados con el grupo con el que beben:

La cohesión social, aquella experiencia de sentirse identificado con otros o participando de un mismo interés, ha de abstraerse de un abanico de otras orientaciones posibles, y es este proceso de abstracción el que constituye la afirmación de la identidad. Las negociaciones que se requieren para el reconocimiento mutuo de un interés compartido o un sentimiento de ser lo mismo son fundamentales a todas las identidades sociales. (Harvey, 1993, p. 116)

Las ideas generales apuntadas hasta aquí dan cuenta del amplio abanico de respuestas que podrían ensayarse ante las preguntas ¿qué significa beber y qué significa tener una borrachera, estar o ser un borracho? Según vimos, las claves de comprensión están en las culturas y las sociedades. Es dentro de cada una de ellas donde se acuerdan las reglas y sanciones, las formas adecuadas e inadecuadas de beber y las distintas funciones de la bebida según el contexto en el que se bebe.

Tomando en cuenta estos presupuestos, nos queda la tarea de indagar de qué manera la temática se va configurando en el cuento “Los exilios” de Jorge Calvetti (en *Escrito en la tierra*, 1993) y cuáles son las posiciones que adoptan los sujetos que hablan de la bebida y los que beben. Para ello nos adentraremos, a continuación, en el cuento escogido.

Alcohol y borrachera en “Los exilios”

[En La Azufrera], cuando toman les aflora el instinto. Entonces solo, solo entonces, se muestran realmente como son (...). Ahora van a finteear. Lo hacen a una sangre, a dos, a tres. Pueden así, desfogarse, liberar ansiedades que, tal vez, los perturban. No llegan a la muerte. Todos quieren y esperan volver al mundo una vez cumplido el tiempo de prescripción de su condena. (p. 261).

Con estas palabras presenta “el chileno”, un personaje del cuento, a dos hombres borrachos, flacos, nervudos y de durísima mirada, que trabajaban en la Azufrera. El narrador del cuento, que oficia de interlocutor del personaje, completa el breve relato con la siguiente reflexión: “Comprendí que el alcohol les avivaba la intensa llama de la maldad o del rencor (forma de la maldad) que los habitaba” (p. 261).

Para este narrador, La Azufrera era la barbarie: “Terminado mi contrato regresé a la civilización, que, en este caso, se llamaba Campo Quijano” (p. 261); era también un lugar donde el carnaval se festejaba como algo sagrado, pero a la vez se usaba como pretexto “para tomar mucha bebida blanca: caña, anís, ginebra,

alcohol puro” (p. 260). A La Azufrera había llegado muy joven en busca de trabajo: “En el pueblo no había trabajo y debía salir de mi terruño a ganarme el pan en otro lugar” (p. 258). Ese terruño que menciona es la Quebrada Jujeña, “nuestro norte” (p. 260); pero también había tenido un tiempo de “vida ciudadana” (p. 260), donde tuvo la ocasión de ver, por primera vez, un rostro tan siniestro, cruel y de fría maldad que pensó nunca más volvería a encontrar. Sin embargo, la escena visual se repite cuando conoce a los hombres de La Azufrera que avivaban su maldad con el consumo de alcohol:

Era así: iban mandados, con ojos rojos de caballo en la noche (...) Con la borrachera, les nace o renace la oscura voluntad de crimen que ocultan –con no mucho disimulo, hay que reconocerlo-, casi diría que se recreaban en ella, como los animales, que, cuando se revuelcan, manifiestan su satisfacción agitando las patas en el aire (...) Al herirse, el lastimado pide seguir (...) luego se lavan (...) y siguen bebiendo hasta que se duermen en sillas, en banquetas, apoyados en la mesa, o tirados en el suelo. (p. 261).

El narrador funciona en este cuento en dos niveles: como personaje que cuenta sus propias vicisitudes y como cronista que reproduce lo que otros personajes le informan: “El chileno me ilustró (...) No llegan a la muerte, se me informó” (p. 261). Sin embargo, aun como cronista u observador claramente foráneo, se las ingenia para entrometerse en lo que escucha y dar opiniones, proporcionar detalles o hacer valoraciones sobre los otros personajes; incluso, en algunas zonas del cuento, lo que los otros le dicen y lo que él dice se ordena en un mismo hilo discursivo, sin marcas específicas que señalen la voz ajena, una cuestión que vuelve ciertamente compleja la identificación de esas voces. De todos modos sí se puede decir que hay en el cuento dos voces que alternan sus participaciones para coincidir plenamente en la caracterización de los personajes borrachos: si tal personaje dice que la bebida les afloraba el instinto, el narrador acota que el alcohol les avivaba la maldad; si al narrador le informan que con la borrachera les renacía la voluntad del crimen que ocultaban, él mismo se encarga de aclarar que no les interesaba ocultarla y que, en todo caso, se recreaban en ella (Calvetti, 2006, p. 261).

La Azufrera estaba ubicada en un lugar inhóspito de la Puna salteña, “a más de cinco mil metros de altura sobre el nivel del mar”; era “el fin del mundo u otro mundo”; los obreros tenían “la piel socarrada por el sol, el viento y la nieve y una fría serenidad” (p. 259). En el lugar se trabajaba todos los días, no se respetaban las fiestas marcadas en el calendario, con excepción del carnaval, -cuenta el narrador-, contexto en el que todos los trabajadores comían y bebían mucho, se atrevían a dar risotadas y a hablar fuerte (p. 260). Es en este contexto festivo en que el narrador presencia la conducta desafiante y ritualizada de los hombres flacos y nervudos, ejecutada a modo de *Tinku*²: ellos se medían, amagaban, retrocedían, se acercaban, se herían una y otra vez cuchillo en mano, pedían seguir, se lavaban, se curaban y finalmente se dormían.

En este caso, el contexto en el que se bebe hasta la borrachera es fundamental, porque el carnaval desarticula la vida social saturada de hastío de los trabajadores de la mina, ese grupo heterogéneo de hombres provenientes de países diversos, maduros, silenciosos, que nunca hacían preguntas personales ni estrechaban vínculos:

El carnaval señala el punto máximo de un tiempo de caos y desorden donde la libertad, la igualdad y la abundancia se convierten en leyes supremas y, por lo tanto, las jerarquías, privilegios, reglas y tabúes que rigen la vida ordinaria, son momentáneamente abolidos. Simultáneamente, este tiempo de caos es necesario para el regreso al concierto ordenado del mundo. De ahí que, si por una parte su sentido es crítico y desbaratador, por otra parte es afirmativo y regenerador porque apunta a un porvenir aún incompleto. Esta tensión hacia el porvenir conlle-

2 El Tinku es un ritual y una danza folklórica de Bolivia que se realiza en el norte del Departamento de Potosí. El significado de la palabra, originaria del idioma quechua, es “encuentro”; en aimara significa “ataque físico”.

El *Tinku* es el nombre de las peleas rituales en las que combaten dos bandos opuestos. Se trata de un rito destinado a reunir a las dos mitades (*alasaya* y *masaya*) bajo las características de un combate guerrero. *Tinku* puede definirse como el lugar de encuentro en que se unen dos elementos provenientes de dos direcciones diferentes... (Bertonio, citado en Murra y López Baralt, 1998, p. 321)

El Tinku puede ser violento, por ej. batallas rituales. Tiene la función de aliviar las tensiones pues el encuentro de los opuestos lleva a la suavización de la violencia.

va un doble sentido y una doble fuerza pues el contradiscurso carnavalesco critica y niega pero, a la vez, resucita y renueva, ya que muestra al individuo y al colectivo con el que se identifica, que el mundo es contingente y cambiante. (Mirande, 2010, p. 143-144).

Es en este tiempo de licencias y libertades que los hombres de La Azufrera se entregan al desafío. Acicateados por la bebida abundante y la junta “se miden” hablando fuerte (p. 260) o poniendo el cuerpo: “[Al fintear] les notaba una suerte de alegría íntima, secreta, en el probarse” (p. 261). En ambos casos, el propósito es “desfogarse”, como dice el cuento, dar rienda suelta a una condición humana que los aglutina en un colectivo que -podríamos llamar- fugitivos de la justicia: “Asesinos, ladrones, maleantes, desertores; hombres que como no pueden vivir en otra parte se refugian en la Azufrera” (p. 259). En el corto tiempo del carnaval, el grupo negocia una identidad con lo que conoce, es decir, con la violencia y el peligro: “La fiesta estructura al grupo y a la vez lo reproduce como grupo” decía Saignes (1993, p. 60) y, en este sentido, el ritual de los hombres flacos y nervudos tiene un alto valor simbólico. Por otra parte, la borrachera colectiva es terapéutica como pasaje del silencio a la toma de la palabra, de la discreción a la risotada, del frío escarcha al carbón encendido en una olla grande, de la serenidad al alboroto y de lo reprimido a lo temporalmente permitido (Calveti, 2006, p. 259-260). Lo reprimido que se libera en estos hombres sería, según el narrador, aquello que constituye su “naturaleza humana” (p. 260): la maldad, el rencor, el desafío, la voluntad de crimen, el peligro, “ansiedades que los perturban” (p. 261). Según esto, podemos entender que la borrachera, el alboroto y el ritual no solo ofician su cometido hacia adentro del colectivo, sino también hacia dentro de sí mismos por cuanto los hombres adquieren, por unos momentos, la sensación de superar la estrechez humana; cuando “fintean” (p. 261), simulan, amagan, engañan, hacen ademanes para exorcizar a la muerte. Finalmente, también obra hacia afuera: la conducta de esta gente que perturba el sistema desafía simbólicamente la autoridad, es decir, el alcohol abre un espacio de libertad para decir y/o hacer contraviniendo lo impuesto: “se refugian en ella [La Azufrera] porque hasta allí no llega la policía” (p. 259).

Esta inmersión momentánea en el caos les permitirá proyectar un futuro pues, como dijimos, si por un lado el caos desbarata, por el otro regenera y apunta a un porvenir. En este sentido, la apuesta es doble y distingue dos colectivos. Uno es el de los **“Los obreros de la mina”** (Calvetti, 2006, p. 259), que liman roces y dirimen tensiones para reinstalarse en el mundo del trabajo cuyas reglas se deben cumplir para permanecer. Ellos saben, además, que están bajo estricta vigilancia para que esto suceda: “[de la fiesta] el capataz se había ido temprano y el encargado de la proveeduría dormía cerca del fuego con un sueño liviano que le permitía despertar a cada rato y mirarlo todo” (p. 260). El otro colectivo ensancha sus proyecciones hacia lo extra social porque “todos quieren y esperan volver al mundo una vez cumplido el tiempo de prescripción de su condena” (p. 261). En este caso, estamos ante los **Fugitivos de la justicia**, fuertemente representados por los hombres flacos y nervudos, protagonistas del ritual.

Frente a estos sistemas reguladores de las conductas y juegos de identificaciones en la Azufrera, nos preguntamos dónde se ubica el narrador del cuento, qué posiciones ocupa este sujeto que, como es una constante en la escritura de Calvetti, nos habla de la experiencia de sus viajes y exilios en los que los hombres y el paisaje del Norte -en este caso la Puna- tienen protagonismo. Si tenemos en cuenta su propia adscripción territorial, podemos decir que en su travesía recorre espacios próximos; pero esa proximidad territorial, simbolizada en un arriba, La Puna (de Salta y Jujuy), no implica adscripción identitaria con los sujetos que los ocupan pues son borrachos, peligrosos, instintivos y llenos de maldad, es decir, representan la barbarie. Las diferencias entre el narrador y los otros se van construyendo en forma escalonada en el cuento y parte del hecho de que su llegada a La Azufrera -más allá de la búsqueda de trabajo- se alardea como un “ir en busca de lo desconocido, entregarse a esa hermosa orilla de la vida que es el azar” (p. 259), pues sabe muy bien el tipo de personas que trabaja en la mina. Por otra parte, se presenta como un muchacho al que “varias cosas lo impresionan”: la discreción, la fría serenidad, el trato duro pero correcto, el frío intenso, impresiones que alcanzan el punto máximo cuando es testigo del ritual sangriento de los hombres flacos. El chileno, en cambio, más conocedor del lugar, sabe que eso va a ocurrir porque es una escena que se repite una y otra vez cuando los hombres de La Azufrera están borrachos. Con todo, ambos coinciden en definir como animal esta conducta y describir,

del mismo modo, la corporalidad puesta en juego en el ritual: instinto, ojos de caballo, se revuelcan, agitan las patas en el aire, se comportan como animales (p. 261).

Estas dos voces que, como dijimos, están varias veces en el cuento de modo indiferenciadas, ganan claridad con el tránsito del narrador desde la barbarie hacia la civilización. En efecto, cuando emprende su viaje hacia abajo, el Valle, Campo Quijano, el narrador abandona al cronista y testigo para contarnos una experiencia personal cuyas características funcionan como antítesis de lo vivido en La Azufrera. En esta parte de la historia la impresión se convierte en emoción:

Mientras el tren se sube por la Quebrada del Toro, el viaje es interesante. El Alisal, la Finca Gólgota, Chorrillos ¡Qué mundo! ¡Qué paisajes! (...)

Mirando, dormitando, despertando pasaron las horas. Pensaba con inquietud en mi tiempo, en mi vida sin seguridad (...) cuando vi a un hombre, bien plantado que abrigaba con una boina su cabeza y su cuerpo con un hermoso saco de cuero que le llegaba hasta arriba de las rodillas (...) “hermosa cabeza”, pensé, “hermosa barba”, “pero qué inquieto”, me dije. Con la vista fija en el paisaje, inclinaba su cuerpo hacia adelante o hacia atrás, mascullaba, levantaba las cejas con asombro, se paseaba por el coche y volvía a sentarse (p. 262).

Cuando este viaje se detiene en un paraje de la Puna, el narrador observa al hombre del tren que, con los brazos abiertos hacia el paisaje, grita: “¡Soledad!, ¡Soledad! ¡Madre mía! ¡Al fin te encuentro! ¡Madre mía! ¡Soledad!” (p. 263) y ante esto reflexiona: “Un hombre que puede establecer una comunicación tan intensa y tan humana con el paisaje tiene que poseer un alma excepcional” (p. 263).

Al final del cuento sabemos que el hombre descripto con admiración por el narrador es el poeta León Felipe. Se entera de esto a través del epígrafe de un diario que lee en Bolivia, adonde había llegado en busca de trabajo. Esta escena final del narrador leyendo un diario nos acerca la imagen de un sujeto internamente restituido y además reintegrado a un orden social con el que se iden-

tífica. La doble restitución que mencionamos está representada en el cuento por el conocimiento de la lectura y la escritura y su valor simbólico asociado a la civilización, un conocimiento ajeno a los hombres de La Azufrera. Lo mismo puede decirse de la construcción antitética del espacio (ruralidad/urbanidad), donde se relea una vez más el dilema conceptual civilización-barbarie, componente ultra sedimentado en la cultura argentina que aquí se revisita.

Este proceso de identificación se completa en la mención del nombre propio de ese hombre asombroso que el narrador había conocido en el tren, momento en que se reduplica el valor simbólico de la lectura y el dominio de la misma por parte del narrador. El poeta español es una sinécdoque de la civilización y la cultura letrada y su nombre propio funciona aquí como “el príncipe de los significantes”³ (Barthes, 1980, p. 78), en el sentido de crear un efecto de máxima referencialidad en los lectores y reforzar la identificación poeta-narrador.

Al respecto dice Hall que la identificación es un proceso y que, como todas las prácticas significantes, está sujeta al «juego» de la *différance*, es decir, obedece a la lógica del más de uno:

Y puesto que como proceso actúa a través de la diferencia, entraña un trabajo discursivo, la marcación y ratificación de límites simbólicos. Necesita lo que queda afuera, su exterior constitutivo, para consolidar el proceso, pero una vez consolidada, no cancela la diferencia (Hall y Du Gay, 2003, p. 15-16).

Con el poeta el narrador se identifica; no lo hace con esos hombres de la Puna que, cuando beben, se comportan “como animales”:

Cuando hablamos de identidad, aludimos a las nociones o sentimientos de pertenencia de los individuos a determinados grupos o colectivos humanos. De esto resulta que la identidad es una autoadscripción; existe en las subjetividades de los individuos y constituye un fenómeno social porque es compartida por una pluralidad de actores. Esto implica que un grupo de

3 Así denomina Barthes al nombre propio, signo indicial que permite individualizar a los sujetos del discurso, que funciona además como signo icónico ampliamente motivado, por lo que se aproxima al ideal de representación pura.

seres humanos comparte un modo de interpretar la realidad y de actuar conforme a esa interpretación. Es decir, en este concepto se cifran las pautas de las posibles comuniones y distanciamientos (Kaliman y Cheín, 2006, p. 9-10).

Sostenidos en este concepto, podemos decir que el trabajo de comuniones y distanciamientos que realiza el narrador en este cuento es consciente. Es cierto que aclara al principio que, frente a los demás trabajadores de La Azufrera, él era “un chango, un muchacho” (p. 259), pero la voz que cuenta esta historia, ocurrida unos cuarenta años atrás (p. 258) es la de un adulto con tiempo suficiente para procesar y decidir cómo contarla. De modo que estamos frente a un narrador que puede distinguir -según sus propios modos de interpretación- realidades civilizadas de realidades bárbaras; esclarecer que sus proyectos estaban lejos de La Azufrera y afirmar sus deseos muy cerca del mundo representado por el poeta que conoce en el tren.

Con los dos colectivos humanos y sociales que reconocimos en la mina, el narrador toma distancias que pueden medirse entre los extremos de lo mínimo y lo máximo. En el primer caso se encuentran los “obreros o trabajadores de la mina”, frente a los cuales se define como un trabajador que “no tiene otro oficio que ser un hombre a caballo y, en algún caso extremo (La Azufrera) sachá carpintero” (p. 264). En el segundo caso, el narrador realiza un trabajo discursivo para instalar con fuerza el “juego de las diferencias” (Hall y Du Gay, 2003), en relación al conjunto “fugitivos de la justicia”, pues la concepción de la propia identidad se formula en contraposición con un colectivo ajeno, delimitado y definido:

Definir a un grupo al que no se pertenece implica, lógicamente, que uno mismo no es parte de ese grupo. El hecho de que la identidad se defina en contraposición con una alteridad (no en un sentido lógico y abstracto, apriorístico, sino como algo que efectivamente se concibe así en el saber práctico) nos indica algo significativo en relación con este tipo de identidades en particular, ya que no constituye un rasgo en general de las mismas. En estos casos, la operación mediante la cual los agentes

consideran efectivamente la exclusión de otros agentes sólo tiene sentido cuando la actualización de estas identidades resulta relevante. (Kaliman y Cheín, 2006, p. 61-63)

Teniendo en cuenta esto, podemos decir que la puesta en discurso de los sucesos narrados es una forma de actualizar y dar relevancia en el cuento al juego de las múltiples identidades que se construyen. Por otra parte, si existen unas “propiedades” que funcionan como parámetros para incluirse o excluirse de los colectivos, estas se relacionan -según la perspectiva del narrador- con la naturaleza humana, cuyos derroteros conducen a la barbarie o la civilización. Es lógico que un sujeto con las características del narrador se aparte completamente de los hombres de La Azufrera porque las experiencias de vida, modelizadas desde construcciones identitarias disímiles, son irreconciliables. Sin embargo, la marcación de las diferencias puede encontrar distintos tonos y perspectivas y aquí recordamos lo que Saignes (1993) comenta sobre las voces que durante mucho tiempo se ocuparon de los borrachos y las borracheras en la zona andina. Estas, dice el autor, se repartieron entre la fría objetividad, la bella neutralidad, el acercamiento comprensivo y/o la actitud moralista. Quisiéramos tomar esta clasificación que, aunque aplicada en Saignes a una cultura específica, nos permite hablar del narrador del cuento leído que se mueve, a nuestro criterio, entre la fría objetividad y la actitud moralista, cuando no solo instala el juego de las diferencias, sino que las exacerba: yo/otros (trabajadores y fugitivos de La Azufrera) y, a la vez, consolida la identificación yo/otro (poeta).

Tal como dijimos páginas atrás, bebida y borracheras son temas recurrentes en la escritura de Jorge Calvetti. En “Los exilios” ponen en escena el funcionamiento de sistemas reguladores de conductas humanas y habilitan distintos juegos de identificaciones por parte del narrador. Por cierto, estos juegos de distanciamientos y cercanías frente al otro y los otros, se textualizan en varios de los cuentos en los que la bebida tiene un papel protagónico.

Referencias

- Calvetti, J. (2006). *Obras completas*. Cuadernos del Duende.
- Harvey, P. (1993). Género, comunidad y confrontación. Relaciones de poder en la embriaguez de Ocongate, Perú. En T. Saignes, *Borrachera y memoria. La experiencia de lo sagrado en los Andes* (pp. 113-138). Hisbol.
- Hall, S. y Du Gay, P. (Comp.) (2003). *Cuestiones de identidad cultural*. Amorrortu editores.
- García Canclini, N. (2000). ¿De qué lado estás? Metáforas de la frontera de México-Estados Unidos. En A. Grimson, *Fronteras, Naciones e Identidades: la periferia como centro* (pp. 139-151). Ediciones Ciccus/La Crujía.
- Gladwell, M. (2010). Juegos de beber. *The New Yorker* (Edición del 15/22 de febrero de 2010), pp. 1-12. <https://www.newyorker.com/magazine/2010/02/15/drinking-games>
- González, N. (2007). Bauman, Identidad y comunidad. *Espiral*, XIV(40), pp. 179-198. <https://www.scielo.org.mx/pdf/espiral/v14n40/v14n40a7.pdf>
- Grimson, A. (Comp.) (2000). *Fronteras, naciones e identidades: la periferia como centro*. Ediciones Ciccus/La Crujía.
- Grimson, A. (2003). Disputas sobre fronteras. En S. Michaelsen y D. Johnson (Comps.), *Teoría de la frontera: Los límites de la política cultural* (pp. 13-23). Gedisa. https://api.pageplate.de/preview/DT0400.9788418193309_A39436227/preview-9788418193309_A39436227.pdf
- Kaliman, R. y Cheín, D. (ed.) (2006). *Identidad: propuestas conceptuales en el marco de una sociología de la cultura*. (1a ed). El autor.
- Lotman, I. (1996). *La semiósfera I*. Cátedra.
- Lotman, I. (2000). *La semiósfera III*. Cátedra.
- Mirande, M. E. (2010). "Larguenmé p'al Carnaval...". *Borrachera, coplas y contradiscurso femenino en el Carnaval quebradeño*. En Cruz, N. (Dir.) *Carnavales, fiestas y ferias en el mundo andino de la Argentina*, (pp. 135-158). Purmamarka Ediciones.
- Murra, J. y López-Baralt, M. (1998). *Las cartas de Arguedas*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Saignes, T. (1993). Estar en otra cabeza. Tomar en los Andes. En *Borrachera y memoria. La experiencia de lo sagrado en los Andes* (pp. 11-21). Hisbol. <https://archive.org/details/saignes-borrachera-y-memoria/page/n7/mode/2up>
- Sahuquillo, I. M. (2006). La identidad como problema social y sociológico. *ARBOR. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, CLXXXII(722), pp. 811-824. <https://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/69/69>
- Terrón de Bellomo, H. y Mirande, M. E. (2010). *Obra y figura de Jorge Calvetti. Aportes bibliográficos*. Ediunju.
- Terrón de Bellomo, H. y Mirande, M. E. (Dir.) (2013). *Jorge Calvetti entre el universo y el terruño*. Ediunju.